

SAN JUAN SORBAK.

Estamos en plena primavera y vamos a hablar de las plantas. El cierzo azota las ramas de nuestros robles, que le devuelven quejumbrosos ayes, reflejo quizá de los del noble suelo que nutre sus raíces; la brisa de Amboto acaricia en el valle á las reinas de nuestra flora, sorbiendo en sus corolas perfumados aromas, como recuerdo quizá de antigua amistad en épocas pasadas. Todo respira encanto, misterio. Ninguna ocasion, pues, más apropósito para dedicar algunos momentos á la poesía de los recuerdos ó al estudio de la naturaleza.

Las plantas, compañeras antiguas del hombre en su peregrinacion sobre la tierra, vistosos elementos que alfombran nuestros valles, visiten nuestros yermos y tapizan nuestras colinas; seres vivos que existen para recrearnos y nutrirnos; depositarias de misteriosos secretos cuyo descubrimiento ó comprension ha consolado algunas veces al hombre, y otras sacádole de las garras de la desesperacion de la incredulidad; las plantas, repetimos, han sido generalmente objeto predilecto de estudio de los hombres más eminentes desde las edades más remotas.

Aristóteles, Teofrasto, Linneo, Jussien, Decandole, Lamarck y otros muchos que no citamos, han estudiado las plantas bajo el aspecto real de sus propiedades, si esta frase nos es permitida; pero nuestro objeto hoy no es seguir este camino. Vemos, en efecto, que en época anterior y posterior á estos maestros, en un más acá y más allá, desconocidos quizá, quizá nebulosos, se consideró á las plantas y quizá se las considera hoy bajo otro aspecto que la credulidad, la creencia ó la supersticion les imprime.

La mayor parte, en efecto, de los pueblos y sobre todo de los pueblos antiguos y aborígenes han prestado verdadero culto á alguna planta, bien sea simbolizando en ella las condiciones de carácter de que se creían únicos poseedores; bien considerándolas como entidad benéfica, ó bien atribuyéndolas en fin misteriosas dotes en las que la comun credulidad hacia residir virtudes mágicas, creyéndolas talisman

para alcanzar la felicidad ó remedio seguro para curar las enfermedades.

La aureola, en efecto, con que determinadas razas históricas han rodeado, por ejemplo, á la verbena (*verbena officinalis*) esa yerba sagrada de los griegos, que segun sus sacerdotes ahuyentaba los malos espíritus, reconciliaba los enemigos y estrechaba los nudos de la amistad, y que servia á los magos para los encantamientos y los misterios de la cábala; al muérdago (*Viscum album*), esa planta curiosa que como parásita crece en nuestros manzanos y algunas cupulíferas y que fué objeto de veneracion entre los antiguos galos; al roble, ese rey de nuestros bosques, á cuya sombra los druidas se reunian para celebrar lejos de la multitud sus misteriosos ritos; al *gin-seng* chino, al que los hijos de Confucio señalan propiedades tan extrañas como la de prolongar la vida, reanimar las fuerzas y retardar los achaques de la vejez; al enervante *baschich* de los orientales; al *mate* de las tribus del sur de América y otras muchas que no citamos; esta extraña aureola de gloria, repetimos, es ejemplo palpable que demuestra bien á las claras la afirmacion que hemos asentado más arriba.

Y al asentarla, se nos viene involuntariamente á las mientes esta pregunta. ¿Hay quizá entre los *euskaldunak*, entre los hijos de este pueblo misterioso, cuyo origen se oculta en la silenciosa lobreguez de las cavernas históricas, alguna costumbre que indique en ellos prácticas y creencias extrañas en lo relativo á las plantas, y que tengan alguna relacion, ya que no semejanza ni punto de contacto con las de las razas de que ántes hemos hecho mérito? Ni afirmamos ni negamos; pero el deseo de desarrollar esta idea, nos sirve de pretexto para escribir estas líneas, justificando á la vez el epígrafe con que las encabeizamos.

Los antiguos cántabros, segun Estrabon, en las noches de plenilunio, entonaban cánticos de alabanza á un Dios desconocido en lengua tambien desconocida. Este Dios era Jaun-goikoa ó Jaun-on-goikoa segun Chaho, esto es, el Señor de arriba ó el Buen Señor de arriba, el mismo que hoy adoran sus sucesores. Los galos recogian su yerba simbólica, la verbena, en las noches de luna llena, en el plenilunio estival, é iluminados por los pálidos destellos de la reina de la noche. Hoy, con un parecido que no puede negarse, y que lo creemos como una muestra de la antigüedad de nuestro pueblo, celébrase en nuestras montañas una fiesta tambien nocturna, fiesta bulliciosa, llena de algazara, y durante esta fiesta se recogen tambien las yerbas que han

de constituir en conjunto el haz benéfico, que tan cuidadosamente guardan nuestros aldeanos y al que atribuyen virtudes tan misteriosas. La noche anterior á San Juan, el plenilunio estival de los drúidas y de los cántabros, es la señalada para la recolección; por eso los labradores de estas montañas conocen á dichas yerbas con el nombre de *San Juan sorbak*.

¿Qué son estas yerbas? ¿A qué especie ó variedad botánica pertenecen? Desde las que como ornamento se cultivan en nuestros jardines, y que como privilegiadas han de constituir el ramillete central, alma, por decirlo así, de las propiedades del haz benéfico, hasta el helecho de nuestros montes (*polypodium filix fœmina*), verdadera funda con que todas se envuelven, hemos podido determinar especies numerosas: helechos como el *filix mas* y el *pteris aquilina*; umbelíferas como el *carum carvi* y la *angélica arcangélica*; una porción de variedades de nuestras mentas indígenas, entre las labiadas; el *raminculus acris* y otras muchas, que en nada se parecen por los caracteres botánicos ni por las propiedades que la ciencia les señala.

Pero dejemos á un lado estos detalles y veamos de discurrir aunque sea someramente sobre la fiesta nocturna, para después decir algo acerca de los usos á que se destina el haz benéfico, y del juicio que nos merecen estas prácticas.

Nos haremos cargo en primer lugar de un elemento, que pueda darnos quizá alguna luz, á falta de otros, sobre esta fiesta. La mayor parte de las euskaras cuentan con canciones típicas que las amenicen y las recuerden. La de la noche de la víspera de San Juan cuenta también con una canción popular, que vamos á transcribir, canción que se oye dicha noche de risco en risco en nuestras verdes montañas y que dice así:

San Juan San Juan
Beti zaitut goguan.....
Arrautza bi altzuan
Beste bi kolkuan.

Zapuak ta sorgiñak
Erre, erre.

Gariyak ta artuak
Gorde, gorde.

¡Ujuju ujuju!

¿Qué quiere decir esta extraña canción? Traduzcámosla lo más literalmente posible.

San Juan, San Juan
Siempre te he de recordar.....
Dos huevos en el seno
Dos en el delantal.

Sapos y brujas
Quema, quema.
Trigo y maíz
Conserva, conserva.

¡Ujuju ujuju!

La fiesta en la época á que se refiere este canto debía durar toda la noche, tal dice también la tradición popular; por eso la necesidad de llevar alimentos, que debían consistir en huevos endurecidos, producto animal que hemos visto también figurar como necesario en otras fiestas populares de otros pueblos, como en las de los *aufs de Páque* de nuestros vecinos ultrapirenaicos, y en la de los *ovos singidos* de los *minbotos* del Duero en la nación portuguesa. Los concurrentes pertenecían á los dos sexos, y el objeto de la fiesta era librar de maleficios las heredades.

Entre la algazara de jóvenes y viejos que entonan este singular cántico, empieza hoy la romería que puede dividirse en dos partes. Una nocturna, destinada á quemar las yerbas recolectadas el año anterior depositándolas en pequeños ramilletes que introducen entre las sustancias combustibles, ocasión en que es de ver á nuestros aldeanos aventar forzosamente la columna de humo en todas direcciones para que la virtud milagrosa se estiende por toda la pieza; y otra matinal, en la que se recoge de nuevo el haz misterioso, después de haber recibido sus simples el rocío de la mañana, rocío cuyas gotas tienen, según la creencia vulgar, la virtud de prestar á las plantas que lo recogen propiedades maravillosas, como la de librar á los campos de epidemias y brujerías, curar los ganados, evitar los sortilegios y hasta curar ventajosamente las dolencias humanas. Por eso en todas nuestras aldeas se guarda con cuidado exquisito este depósito sagrado al que nadie osa profanar, ni tocar sino en ocasiones dadas, en nece-

sidades supremas. Sus sahumeros, según nuestros honrados labradores, precaven los efectos de la tempestad y de la peste, bendicen sus campos, incensan su atmósfera, guardan sus cosechas y curan sus enfermedades. ¿Qué más méritos necesitan dichas yerbas para contar con la veneración popular?

Por eso, y aunque estemos nosotros muy lejos de creer en las dotes mágicas de las propiedades *intrínsecas, per se*, de estas plantas, somos de opinión, no obstante, de que deben respetarse estas prácticas.

Hoy que todo lo referente á la raza euskara es motivo de estudio de hombres eminentes en Europa y América; cuando Bonaparte, Campion, Abbadie, Duvoisin, Vinson, Guilbeau y otros muchos penetran los arcanos de nuestra lengua, éste monumento vivo de la antigüedad de nuestro origen y de la fiera independencia de nuestra raza; cuando Broca y sus discípulos se desvelan encontrando en los caracteres craneológicos euskaldunak muestras antropológicas dignas de estudio y que han de conducirle quizá á la determinación de una especialidad étnica; cuando sábios de todos los países se dedican á estudiar nuestras costumbres, los hijos de Euskária debemos no solo respetar estas prácticas, sino también estudiarlas, describirlas y propagarlas.

El simple detalle de una fractura en un sílex ha servido hoy á la ciencia para juzgar de la causa fortuita ó intencional que la produjera, sacando de aquí deducciones provechosas que la paleontología ha aprovechado para determinar la aparición del hombre sobre la tierra. El hallazgo casual, no ya de un esqueleto; no ya de un hueso, no ya de un cráneo, sino de un simple diente, ha servido á los discípulos del gran Cuvier para dedicarse á trabajos de restauración orgánica de animales desconocidos, que desaparecieron siglos há de la haz de la tierra, restauraciones de animales que hallazgos posteriores han confirmado. La falta ó sobra de una vocal, la existencia ó no existencia de un afixo, la anteposición ó posposición de un artículo, una nimiedad, en fin, dá hoy elementos á la lingüística para deducciones de alto valor filológico; y, cuando éste vértigo de estudio cunde por todas partes, cuando en los menores detalles hallan las ciencias, tanto naturales como sociales, sólidos elementos para su constitución ó motivos de gran valía para su progreso ¿hemos de relegar al olvido, de abandonar, de despreciar y desacreditar en una palabra las creencias antiguas y las costumbres peculiares de nuestro pueblo? No. Ni nues-

tra pátria nos lo perdonaria, ni tendríamos excusa, ya que no razón, que alegar cuando se nos interrogara sobre semejante proceder, para justificar nuestra conducta.

La ciencia de las costumbres podrá encontrar quizá en estas nimiedades, en estos insignificantes detalles, fundamentos no despreciables para resolver arcanos que quizá hoy ni aún se vislumbran. La etnografía podrá ver quizá en el cúmulo de nada que constituyen estas prácticas verdaderos jalones que conduzcan á los hombres estudiosos á conclusiones inesperadas, acerca del origen, naturaleza é historia de nuestra misteriosa raza.

No son las sociedades, no, rocas inmóviles, ni mecanismos que se contemplan por el solo lado hácia el que les mueve el capricho, sino organismos complejos, animados á su manera, y en los que como en los organismos animales, se cumplen las leyes primordiales de su desenvolvimiento, de su existencia. Los pueblos tienen también sus edades como los individuos, y la sucesión de estas edades se verifica también en aquellos, bajo las leyes ineludibles de la fisiología social, bajo el natural eslabonamiento de las etapas que como tales entidades complejas hayan recorrido. De aquí, pues, la necesidad de estudiar nuestras antiguas costumbres y de respetarlas porque, al menos á nuestro humilde juicio, se merecen toda nuestra consideración y nuestro cariño, máxime cuando la idea que las informa, como sucede con las humildes prácticas que nos han dado motivo para divagar escribiendo estas líneas, es digna de respeto, porque entre los pliegues más ó menos abigarrados (tal crearán algunos) del traje con que la credulidad la atavía, se entreven resplandecientes destellos de la fe de nuestros sencillos labradores; y sobre toda otra consideración, porque de la atmósfera que la envuelve, sentimos emanar delicados y embriagadores aromas, desprendidos, ya del depósito sagrado de nuestras tradiciones populares, ya del tabernáculo venerable de nuestras creencias religiosas.

LEON DE CAPELÀSTEGUI.

Elorrio y 10 de Mayo 1884.